

DANIEL MEUROIS



LOS APOCALIPSIS DE JUAN

ENTRE ÉFESO Y PATMOS... HACE DOS VECES MIL AÑOS

ISTHAR

DANIEL MEUROIS

LOS APOCALIPSIS
DE JUAN

ENTRE ÉFESO Y PATMOS... HACE DOS VECES MIL AÑOS

ISTHAR

Ediciones Isthara Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

Título original: Les Apocalypses de Jean

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Rosa Albert Subirà

Primera edición: noviembre 2022

© **Ediciones Le Passe-Monde**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

www.istharlunasol.com

Estepona, Málaga (España)

ISBN impreso: 978-84-124449-4-0

ISBN ePub: 978-84-124449-5-7

Depósito legal: M-18563-2022

Impreso en Cofás (España)

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Estas páginas están especialmente dedicadas

*a Marie Johanne,
Meryem Johanes,
cuyo amor y ternura
han sostenido mi mano
de una forma tan maravillosa;*

*... y más allá de la Gran Ilusión de este mundo,
a todos los Rebeldes
que obran con determinación,
paciencia y dulzura.*

*Si desde la orilla de este mundo no descubrimos
claramente las cosas divinas,
que eso no nos sorprenda:
el tiempo es un velo interpuesto entre nosotros y Dios,
como lo es el párpado
entre nuestro ojo y la luz.*

François-René de Châteaubriand
Memorias del más allá de la ultratumba - L. 10, capítulo 5

Nota editorial

Daniel Meurois no deja de sorprendernos con estos apocalipsis, con estas revelaciones.

Esta obra, cuyo principal personaje es Juan, el «discípulo bienamado», aborda su vida y su obra como nunca antes se hizo. A corazón abierto, Juan va desgranando, revelación tras revelación, las enseñanzas recibidas por Jesús y la persona que fue, así como sus dudas, temores y las múltiples transformaciones de las que fue objeto. En definitiva, todas aquellas circunstancias que convirtieron a Juan en un ser consciente y luminoso.

Como un espejo, estas páginas nos convierten en los protagonistas de nuestra propia obra y constituyen un reflejo de lo que bien podría ser nuestro camino interior. Una vez más, Daniel Meurois abre puertas a todas las personas que desean profundizar en su desarrollo y en el conocimiento de los múltiples cielos que se nos abren, sin dejar a un lado la situación que como humanidad estamos viviendo y mostrándonos nuestra capacidad para cambiarla.

Nota de la traductora

La traducción del francés al español respeta completamente el texto original y refleja de manera fiel el mensaje que Juan comunica a través de Daniel Meurois.

Las revelaciones de Juan transmiten unas experiencias muy intensas, unos espacios para la reflexión y unas profundas enseñanzas, motivo por el cual se ha hecho un uso especial de las mayúsculas, las cursivas y los puntos suspensivos.

Deseamos que todas estas excepciones ortográficas permitan al lector acercarse a una mejor comprensión de las vivencias, los conocimientos y la expansión de conciencia vividos por Juan.

Índice

Unas palabras esenciales.....	15
Capítulo 0. Mi nombre es Juan.....	19
Capítulo 1. Mi regreso a Éfeso.....	29
Capítulo 2. Esmirna.....	55
Capítulo 3. El viaje a Pérgamo.....	77
Capítulo 4. «Al principio de todo...».....	105
Capítulo 5. La sal de Laodicea.....	125
Capítulo 6. De Talía a Gaios.....	147
Capítulo 7. Las verdades de Saúl.....	169
Capítulo 8. Las trampas de los arcontes.....	195
Capítulo 9. De la Gratitud al Consuelo.....	211
Capítulo 10. Yohan.....	229
Capítulo 11. De corazón y de pan.....	247
Capítulo 12. La ceniza de Filadelfia.....	265
Capítulo 13. «Si necesitas una lámpara...».....	283
Capítulo 14. Una noche soleada en Patmos.....	305
Capítulo 15. Una cueva detrás de las adelfas.....	323
Capítulo 16. Las dos miradas de Patmos.....	345
Capítulo 17. Hacia la Casa de la Madre.....	369

Unas palabras esenciales...

¿Por qué los Apocalipsis? Esta es, sin duda, la primera pregunta que cada uno podría hacerse al tomar este libro en sus manos. Sí, ¿por qué? La respuesta es sencilla... Porque la palabra Apocalipsis, que viene directamente del griego, no significa «Fin del Mundo», como se suele creer, sino «Revelación».

Y las páginas que aquí os propongo descubrir contienen, en efecto, un cierto número de revelaciones. No hablo de revelaciones destinadas a satisfacer la curiosidad superficial, sino de invitaciones a indagar en verdades profundas, en terrenos inexplorados, y por tanto a escarbar en ciertos misterios que atañen no solo a los seres que somos, a la Creación y a lo Divino, sino también al futuro de nuestra humanidad. Cuestiones que, como sabemos, se han vuelto especialmente punzantes en estos años cruciales que anuncian un inevitable «reinicio».

En este sentido —prefiero decirlo—, este libro no es uno de esos que pueden devorarse en unas horas en

busca de «enigmas esotéricos», o como se haría con una historia new age de las muchas que existen. Ciertamente, se puede descubrir como un relato, puesto que se basa en la narración del tramo de una vida, la del discípulo Juan, primero en Éfeso y después en Patmos, años después de la Crucifixión. Pero sobre todo no lo veamos como una obra producto de la imaginación, ya que nace de la consulta muy precisa, metódica y respetuosa de lo que se denomina la «Memoria Akásica».

Debo subrayar que no encontraremos por tanto nada novelado o «arreglado», si bien el cuidadoso trabajo al que he sometido mi escritura refleja cierta poesía. Cuando el corazón, el alma y el espíritu se consagran por entero a la expresión de lo Bello y lo Sagrado, aparece necesariamente la poesía natural y espontánea de la Vida en su Esencia.

Seguramente, se me objetará que las afirmaciones y enseñanzas contenidas en estas páginas no son creíbles, ya que no tienen ninguna de las características de la investigación científica que reivindican los historiadores, teólogos, exegetas y filólogos. No voy a luchar contra ese argumento, acostumbrado como estoy a que me lo presenten y luego desestimen mi experiencia con un simple gesto de la mano.

Porque no se trata aquí de un trabajo del intelecto, sino de una experiencia de carácter místico. En otras palabras, se trata de esa capacidad de la Conciencia

que muestran desde siempre ciertas personas —incluido yo mismo— para investigar pacientemente los mundos sutiles, con objeto de nutrir las grandes corrientes de la búsqueda espiritual universal.

Entonces, ¿se trata de una búsqueda inevitablemente «herética»? Sí..., y bastante orgullosa de serlo, porque está libre de todo sometimiento. No olvidemos que, por razones de poder temporal, los primeros cuatro o cinco siglos de nuestra era fueron un periodo de intensas manipulaciones de la vida de Jeshua y la de sus discípulos, así como de sus enseñanzas, y que, en consecuencia, ninguno de los textos considerados «serios» son tan creíbles como nos quieren hacer pensar.

Sin duda, a mi trabajo le pondrán la caricaturesca y reductora etiqueta de «esotérico», ya que esta última descalifica y demoniza sistemáticamente a todo aquel que se ve gratificado con ella.

A este respecto, no dejaré de subrayar justamente aquí cierto «Apocalipsis de Juan», infinitamente respetado por todas las Iglesias cristianas y con el que se concluye solemnemente el «Nuevo Testamento»...

¿Cuántos de los que se llaman a sí mismos cristianos han leído realmente ese Apocalipsis? Muy pocos, seguro, ¡y con razón! Es casi ilegible, o al menos en gran medida incomprensible, de tan... esotérico que es.

En realidad, se trata seguramente del texto más esotérico que jamás haya sido acreditado y ampliamente

publicado..., ya que, por el lugar que se le ha otorgado, debe venerarse en la misma medida que los Evangelios y otras Epístolas. ¿No hay aquí una edificante contradicción? Es una aberración que nadie señala, especialmente en el mundo eclesiástico.

Sin embargo, que nadie piense que yo no lo respeto. Todo aquello que es objeto de veneración, excepto lo que alimenta el fanatismo, es sin duda respetable...

Así, la presente obra, que solo está parcialmente consagrada a él, no busca «desmontarlo», sino abordarlo como nunca se ha hecho, a la luz de las circunstancias reales que lo vieron nacer, así como a través de la personalidad lentamente revelada de su redactor...

Con estas pocas palabras, sin duda imprescindibles, os invito, amigos lectores, a seguirme desde Éfeso hasta Patmos, pasando por Esmirna, Pérgamo y algunos otros lugares ahora míticos y todavía impregnados del recuerdo de Juan, el discípulo amado, el «otro hijo» de María.

Así pues, os dejo su huella en el Tiempo...



DANIEL MEUROIS



Mi nombre es Juan

Mi vida no ha sido más que una sucesión de nacimientos y de muertes..., o de muertes y renacimientos. ¡De qué otra manera podría expresarlo!

En un momento en el que sé que pronto me iré, ¿quizás siento la necesidad de hablar de ella bajo el efecto de una alegría secreta o de una nostalgia infinita? Sin duda, ninguna respuesta prevalece. Las melancolías se alimentan de las dichas pasadas con la misma seguridad que estas dan vida al presente y siembran el horizonte.

Mi nombre es Juan y estoy en Éfeso, donde hace tiempo que me han dado el nombre griego de Johanes... Hay una casita con azotea en medio de otras entre el pedregal, un ramillete de olivos, adelfas e higueras, y más lejos, después de una pequeña caminata, una hilera de elegantes columnas que, con sus capiteles delicadamente coloreados, se lanzan hacia el azul del cielo. He aquí casi todo mi decorado, y no querría otro.

Basta con que dé unos pasos entre unos asfódelos desordenados para encontrarme al lado de un hilito de agua viva que surge del fondo de un montículo rocoso y se desliza entre la maleza. ¿Qué más podría querer? En mi corazón rebosa todo lo que la existencia de un hombre podría atreverse a pedir y que podría resumirse en una palabra: Luz. ¿Una simple palabra? Más bien un estado...

No obstante, mis piernas apenas me sostienen. A mi parecer, no se debe a que hayan andado mucho más que otras, sino sobre todo a que se han desgastado tratando de sintonizarse con el ritmo de las visiones del Corazón que siempre las ha nutrido. En verdad, se trata de un desgaste bien hermoso, pues se ha instalado suavemente, a fuerza de haber frecuentado el Esplendor.

¿El miedo? ¿El sufrimiento? Los he conocido, por supuesto, así como mil cosas más emparentadas con ellos y que nadie puede evitar. Sin embargo..., ahora que llego al final de mi camino, puedo decir que he sido un hombre feliz, aunque constantemente sometido a las

presiones de la vida. Feliz de haber conocido a otro cuya transparencia, poder y deslumbrante Amor hicieron de Él mucho más que un hombre.

Se llamaba Jeshua..., o también el Bendecido. Apareció de repente, sin que le viéramos acercarse, como un amigo surgido de las profundidades de los Tiempos. Jeshua... ¡Su nombre viaja ahora en tantos labios! Y lo incendia todo, aunque solo manifieste la Paz.

La última imagen que conservo de Jeshua me traslada a Tiro¹. Evoca alegría y desgarró a la vez...

Yo acababa de llegar allí desde Éfeso para hacer la estancia más breve que se pueda imaginar. A petición de Jeshua, había acompañado hasta Tiro a Meryem, su madre, y a Sarah, su hermana, que llevaban cuatro años viviendo en Éfeso. Él ya había salido del monasterio², donde se había refugiado durante mucho tiempo después de su suplicio. Había decidido partir lejos, hacia el este, al País de las Altas Cumbres que conoció en su juventud y que tanto amaba. Su hermano, Tomás, y algunos otros a los que yo envidiaba, iban a acompañarlo hasta allí, pero en ese viaje la presencia de Meryem a su lado era la que más le importaba.

.....
1 Tiro era un puerto en el sur de Galilea. Véase *El libro secreto de Jeshua*, tomo 2, capítulo 37, de este mismo autor, publicado por Ithar Luna-Sol.

2 Recordemos que se trata de El Krmel, un monasterio esenio antiguamente ubicado en las alturas de la actual ciudad de Haifa.

¡Oh, Meryem...! En ese momento ya vi lo mucho que echaría de menos su pureza y su ternura, tanto como la de Jeshua. Esos pocos años que había pasado de manera ocasional bajo su techo en Éfeso, «cuidándola», se quedarían grabados para siempre en mi memoria.

No..., la madre del Bendecido no era una mujer más... Y debo decir que, durante los largos periodos que pasé a su lado recorriendo las colinas de Jonia³ para compartir nuestro Fuego con quien quisiera recibirlo, fue más bien ella la que veló por mí, por mis diferencias, mis tristezas, mis exaltaciones y mi necesidad de llamar y transmitir al Absoluto. Así, imperceptiblemente, aunque solo fuera por eso, también se había convertido un poco en mi madre...

En Tiro, a la entrada del puerto donde nos separamos definitivamente, y mientras ella y la discreta Sarah trataban de contener las lágrimas bajo el velo, Jeshua me puso su mano durante un instante en el hombro y me dijo con gravedad: «Y ahora sigue tu camino, nuestro camino, *Juan, hermano...*».

Cuando pienso de nuevo en estas palabras, sé que pusieron un sello indescriptible entre Él y yo... A menos que se tratara del recordatorio de una especie de compromiso eterno, cuya importancia entonces no

.....
3 Jonia era una región griega que formaba parte de Anatolia. Hoy en día se encuentra en territorio de Turquía.

medí en su totalidad. Nunca me sentí tan solo como ese día, y a la vez tan impregnado de un perfume que, si demostraba ser digno de él, podía convertirme en el hermano de todo el género humano. Sin embargo, ¡me veía tan pequeño! Pero ¿cómo no ser pequeño cuando se ha estado tan cerca de la exigencia del Sol?

Apoyado en la barandilla de la modesta embarcación que me iba a llevar de regreso a Éfeso, donde finalmente había decidido quedarme, observé durante mucho rato cómo se alejaban las fortificaciones que señalaban el puerto de Tiro... La última imagen fue la visión de una galera romana, con su espolón a ras del agua, y la percepción de todos los que allí sufrían... Después navegamos hacia el norte, alejándonos de la costa, que encontramos de nuevo más tarde. Fue un viaje sin matices, suave y cruel.

Pronto nos acercamos a las costas rocosas de la isla de Kypros⁴... Todavía recuerdo la emoción tan particular que sentí al reconocer sus acantilados cortados hundiéndose en el mar, y sobre todo esa roca de Pafos, donde los griegos afirmaban que una de sus deidades, Afrodita, había tomado cuerpo en la espuma de las aguas, tras el gesto furioso de aquellos que llamaban los titanes. ¿Qué viejas verdades escondía todo eso? Me hubiera gustado saberlo y comprender, solo para empujar un poco más los límites de lo concebible y mantener, como nos había enseñado Jeshua, ese «espacio

.....
4 Chipre.

de locura» que hace que uno solo vea un «trozo de cielo» allí donde se despliega una infinidad de mundos.

Después de Kypros vino Rodas, un poco al oeste; otros vientos nos azotaron la cara, pero siempre aquel mismo mar azul profundo... Después surgió una miriada de pequeñas islas entre las que nos deslizamos en compañía de unos delfines. Finalmente, la sutil presencia de Éfeso resurgió poco a poco en mi espíritu. ¿Me sentiría ahora completamente en casa? Eso parecía... Y yo estaba decidido a ello. Había pasado demasiado tiempo allí, con Meryem y Sarah, como para que una multitud de cosas no se hubieran quedado inscritas en mi conciencia.

Al principio, cuando les ayudé a establecerse en Éfeso encontrando una vieja casa y reconstruyéndola, pensé que iba a perderme y a olvidarme de todo el tesoro de Paz que había recibido. No volver a cruzar más la mirada del Bendecido no les resulto fácil a los tres exiliados que éramos entonces, aunque hacía tiempo que habíamos aceptado la idea de que ya nada sería «como antes» y que, en adelante, todo dependería de nuestra capacidad de «contaminar los corazones» con *Eso* que vivía en los nuestros.

Aquello era más fuerte que todo... Y así, rápidamente, unas cuantas docenas de hombres y mujeres con sus hijos vinieron a recoger nuestros relatos. Eran almas en plena germinación, pero también

un poco dispersas, que «buscaban» sin saber muy bien qué o a quién.

En esa época hubo largos momentos en los que me pregunté si el «demasiado Sol» que a veces puede recibir un humano no era más terrible para su conciencia que un «no lo suficiente». Aquellos a quienes intentábamos hablarles del Bendecido y de su forma de amar a menudo se sentían desorientados.

«¿Por qué tendría el Divino que preocuparse por los seres humanos?», se preguntaban. Para muchos, el poder de las viejas certezas y el hábito de la ambigüedad o del claroscuro resultan más tranquilizadores... ¡Con ellos no se corre ningún riesgo!

Nunca le confié a Meryem ninguno de mis sentimientos ni de mis tribulaciones, pues se suponía que a su lado yo debía ser fuerte y protector. Tampoco ella decía una palabra sobre lo que, sin duda, cruzaba por su mente... Prefería sonreír... Sonreía como los que se despiertan de un tormento demasiado largo y a quienes ya nada realmente puede afectarlos. A no ser que hubiera tenido la premonición o la visión de lo que un día la esperaba... Reunirse con su Hijo.

Aferrado a una cuerda en la parte delantera del barco que me acercaba a Éfeso, me abandoné durante mucho tiempo a esos recuerdos que no quedaban tan lejos. Los desgrané, sin apenas atreverme a considerar el impulso renovado que aún tendría que encontrar.

A última hora de la tarde, mientras los marineros se afanaban en la cubierta y los tres o cuatro mercaderes que eran mis compañeros de viaje recogían sus pertenencias, reconocí de pronto, entre una ligera bruma, la silueta que anunciaba el bonito y antiguo puerto de Éfeso, bien resguardado entre sus rocas.

Eso fue todo... Estaba hecho, había cumplido mi misión con Meryem. Solo faltaba disolver esa especie de cordón umbilical que me unía a ella, a mi «madre», y también, obviamente, a mi «hermano» Jeshua, así como a su hermana menor, Sarah. Se trataba de un acto de voluntad, la superación de una dependencia que me empujaría a revelarme más a mí mismo.

Todavía me veo recogiendo apresuradamente mi saquito de lona y desembarcando a grandes zancadas, pasando por encima de las redes de pesca. Alcé la mirada hacia las hermosas mansiones que griegos y romanos habían construido allí, me maravillé con uno o dos palacios de mármol y después me adentré por las calles comerciales, todavía abarrotadas. A continuación, subí una escalera y me encontré en el camino empedrado que, tras una breve caminata a buen paso, me llevaría hasta lo que había sido «nuestra casa».

Las pocas construcciones vecinas aparecieron ante mí al caer la noche, en el momento en que la naturaleza desprende sus más delicados perfumes. Cerca de una de

ellas, un hombre trataba de aliviar el lomo de un burro de la carga de sus capazos.

—¿Eres tú, Johanes? ¿Ya has vuelto?

Cuando llegué junto él, respondí con un simple movimiento de cabeza y un suspiro de cansancio. En realidad, no tenía ganas de hablar.

—Entonces, ¿es cierto? ¿No volveremos a ver a Meryem ni a Sarah?

—Así es —articulé finalmente con una sonrisa un poco forzada—. Tenían que irse... Tenían que hacerlo.

—¿Me lo contarás? Aquí nadie lo entiende...

—No sé... Estoy cansado, hermano.

Luego apresuré el paso hasta una puerta entreabierta que daba al patio de «nuestra casa».

El hombre que acababa de hablarme se llamaba Epifanio. Tenía un corazón devoto, sólido y recto. Siempre en busca de reconocimiento y afecto, había sido uno de los primeros en escucharnos y en acogernos en Éfeso, y si había una sola presencia que pudiera resultarme reconfortante aquella noche era la suya.

Entonces, demostrando mi emoción, me di la vuelta y lo estreché entre mis brazos.





Mi regreso a Éfeso

Me desperté al amanecer. La suavidad de la noche me había invitado a extender mi esterilla en la azotea de la casa y a recostar mi cuerpo cansado sobre ella. Fueron los balidos de un rebaño de ovejas, creo, los que me sacaron del sueño. Inmediatamente después, percibí un fuerte olor a menta que subió en el aire como para acabar de despertarme.

Ese olor me resultaba familiar, pues era el de la bebida caliente que Epifanio tenía la gentileza de prepararnos todas las mañanas a Meryem, a Sarah y a mí durante los largos periodos que pasamos juntos.

Debía de estar abajo, en el patio, esperándome, y debo decir que por un instante su lealtad me pareció un poco fatigosa de llevar, a pesar de su generosidad. Me hubiera gustado estar solo...

Un poco perdido en mis pensamientos, bajé lentamente la escalerita que conducía al suelo de tierra batida de la planta baja y allí lo encontré. Parecía un niño que solo vive el momento presente. Y tenía razón... Era lo mejor que se podía hacer.

De nuevo lo tomé entre mis brazos, pero, igual que la noche anterior, tampoco supe qué decirle. Un exceso a veces es semejante a un vacío... Detrás del rostro de Epifanio, muchos otros desfilaban por mi cabeza: los de aquellas mujeres y hombres que, desde los primeros días de nuestra llegada, no habían dejado de agruparse, primero por curiosidad y después con sed, en torno a lo que podíamos ofrecerles de las Enseñanzas de Jeshua.

¿Cuántos serían? Nunca los contamos... La mayoría de ellos iban y venían, cargados con una multitud de preguntas. El resplandor del Maestro, todo lo que se había pregonado sobre Él, así como el relato del suplicio al que se le había sometido y su misteriosa salida del sepulcro, nos habían precedido, por lo que la mayoría de las veces no hacíamos más que responder a las llamadas, yendo de pueblo en pueblo, atravesando toda la región.

Sí, Epifanio había sido uno de ellos, uno de los que rápidamente se habían mostrado más conmovidos por nuestras palabras ciertamente torpes..., aunque más

bien debería decir por *mis* palabras torpes, pues las de Meryem, aunque parcas, fluían como el agua de un manantial. En realidad, tal como pidió Jeshua, no traducían el Soplo de su Hijo, sino del Sol que ella había compartido con Él y que solo se permitía dejar estallar plenamente alrededor de su persona.

A los ojos de muchos, la mera presencia de Meryem era una prueba viviente de lo que realmente habíamos vivido en Galilea, Judea y tantos otros lugares.

—Tómate un tazón de esta menta mientras todavía está caliente, hermano... Lo necesitas.

Por primera vez desde mi regreso, me encontré con la mirada de Epifanio. Era un hombre bello, con su espeso pelo castaño y sus ojos claros. Era un poco mayor que yo y había nacido cerca de Alejandría, donde había vivido durante bastante tiempo en una Comunidad.

También sabía de él que había recorrido innumerables caminos a través de toda Grecia antes de llegar a Éfeso. Decía que era un «sediento» de la Vida y estaba orgulloso de ello.

Su abuelo, según contaba, había sido sacerdote de Esclapios⁵ y afirmaba haber recibido de él su amor por el arte de curar con las manos, las plantas y también

.....
5 Esculapio.

leyendo los sueños⁶. Era esto lo que tanto le había hecho buscar y caminar, pues, en contra de la tradición de su familia, Epifanio no podía permanecer rezando en un círculo restringido, aislado del movimiento de la Vida⁷. Quería ver más allá de las orillas del Nilo, por muy luminosas que estas fueran.

Con mi tazón de barro marrón en la mano, me senté en un banco de piedra adosado a la casa. Al otro lado de la muralla que delimitaba nuestro patio, imaginé los ruidos del puerto que comenzaban a elevarse, mezclándose con los de la parte alta de la ciudad, que se extendía hacia el gran templo que los griegos habían dedicado a Artemisa, una de sus principales deidades.

«Nuestra casa» quedaba un poco al margen de toda la agitación de Éfeso, pero la intensa vida de la ciudad difícilmente podía escapárseles a quienes la habitaban, y que se debía a la cantidad de peregrinos que llegaban a diario para acceder a su santuario, famoso en todo el país. Después, un poco más abajo, no lejos de los mercados, enmarcada por una amplia explanada, estaba la sinagoga, también muy activa.

.....

6 Esta práctica de interpretación terapéutica de los sueños se denominó «incubación».

7 Se trata de la Fraternidad de Terapeutas de Alejandría, cuyas prácticas curativas estaban estrechamente relacionadas con las de las comunidades esenias de Galilea.

Su existencia siempre me había sorprendido... Nadie había sido capaz de explicarme por qué tantas personas procedentes de mi pueblo y que acataban tan fielmente la ley de Moisés se habían establecido allí desde hacía tiempo, hasta el punto de haber creado una Comunidad propia y fuertemente unida...

Y si a esta sociedad de Éfeso le sumábamos los romanos, con su forma de actuar, no dejaba de extrañarnos que todas aquellas personas lograran convivir en relativa paz. ¡Cuán lejos quedaban las insurrecciones de los iscariotas⁸ y las constantes tensiones de Jerusalén!

¿Sería esa la razón principal por la que Jeshua quiso que trajera aquí a su madre y su hermana? Ya se me había cruzado esta idea por la mente, pero inmediatamente la descartaba... Tenía que haber algo más, pues sabía íntimamente que, desde siempre, existen puntos, verdaderas puertas en este mundo, a través de las cuales el Corazón de la Tierra puede oírse latir al unísono con el del Eterno. Éfeso era necesariamente uno de estos lugares privilegiados.

—Dime lo que piensas, hermano —intervino de repente Epifanio—. ¿Sigues con Meryem?

.....
⁸ Los zelotes, que resistieron a los ocupantes romanos en toda Palestina durante ese tiempo.

—Un poco, quizás... Pero también pienso en la Voluntad y el Poder que nos han conducido hasta aquí. ¿Sabes?, el alma de tu pueblo tiene una memoria excelente y buenos oídos. Jeshua me dijo una vez: *«Aunque los ojos de los griegos no observan la vida con la misma mirada que nosotros, captan su esencia. Verás..., en todas las verdades de todos los pueblos mora la misma Gran Verdad original, pues, aunque lo ignoren y lo nieguen, todos son Uno. Podrías haber nacido en Grecia y pensar como los griegos..., y ello sería muy respetable».*

Leí la sorpresa en la cara de Epifanio.

—Sí, pero, Johanes... ¡Johanes...! Has venido aquí para hablar del Bendecido, ¿no es así? Y por eso me uní a ti, por eso dejé de ser un ave en busca de su rama, de santuario en santuario, en su propia tierra... ¡Así que no me digas que vas a ir allí, al gran templo, porque es «lo mismo en todas partes»!

—¿No he estado ya en su explanada? Y Meryem y Sarah también... ¿No nos viste?

Epifanio estaba totalmente desconcertado.

—Sí... Lo sé, pero...

—No puede haber restricciones, amigo mío. Jeshua hablaba todas las lenguas que tienen corazón. Al final, eso es todo lo que Él vino a enseñarnos, para que nosotros a su vez pudiéramos hacer lo mismo. ¿Ha intentado Meryem convertirme a algo? Y en cuanto a nosotros..., ¿hay alguien aquí a quien debemos agotar

tratándole de convencer? Es el simple tejido de la Belleza del Viviente lo que debemos anteponer a todo. Es su deslumbrante y muy evidente resplandor para los que miran con el corazón. No para el propio Jeshua, Él no quería eso, sino para... *Eso* que nadie puede nombrar. ¿No ha sido siempre tu parecer también?

Me levanté y di tres pasos para abrir la puerta del patio, como si me faltara el aire o como si la más mínima pared sobrara ante todo lo que me estaba atravesando.

—No, Epifanio, Jeshua no quería que habláramos de Él —insistí—. Para Él, te lo aseguro, lo único que importaba era la *Sacudida de lo Sagrado* que le había traído a este mundo... Y puedes estar seguro de que Él tampoco habría dudado en deslizarse entre las columnas del templo de Artemisa. Amaba la tierra y las piedras que le hablan al cielo.

Con estas palabras, salí impetuosamente del recinto de la casa. Con razón o sin ella, tenía la frustrante impresión de que Epifanio había encogido o bloqueado algo en él.

¿Ha bastado con que yo me fuera unos días y Meryem ya no estuviera allí para que en su interior se petrificara cierta idea del Maestro? Me lo preguntaba... ¿Acaso me estaba volviendo duro e intransigente, o era simplemente justo y recto? Quizás yo mismo había perdido una «parte de ternura» al no estar ya bajo el resplandor directo del Bendecido...

¡Es tan difícil sostener una antorcha sin desfallecer o bajar la mirada! El Divino no tiene el mismo rostro para todos ni emplea las mismas palabras... De hecho, eso es lo que lo convierte en el Divino.

—Perdóname, Epifanio —dije dándome la vuelta—. Soy demasiado impulsivo...

—Solo demasiado «vivo», demasiado ardiente, hermano... Eso te agota. En mi tierra, en Alejandría, solían decir que un tejedor debe ser paciente.

Tenía razón. Me acerqué a él y nos reímos juntos. Después cogimos cada uno una jarra de terracota y fuimos a llenarlas al pozo más cercano, que estaba en la esquina de un callejón. Algunas mujeres se agrupaban ya allí, esperando su turno, a veces con un asno.

Al verme llegar, una de ellas se apresuró en venir a tocarme los pies. Al igual que le sucedía al Maestro, aquello no me gustó; como de manera refleja, di un paso atrás y luego me agaché para ayudarle a levantarse. La conocía bien, era Pirra.

Meryem la veía «libre como el viento» y acostumbraba a invitarla a caminar con ella. Era su forma de nutrir su conciencia, imperceptiblemente, con palabras directas y cristalinas. Meryem la instruía sin ni siquiera buscarlo y sin que lo pareciera.

Pirra, que siempre había vivido allí, conocía bastante bien nuestro idioma de tanto vender lana en los mercados, y a su vez Meryem aprendía griego con ella.

—Vamos, hermana —balbuceé—, no soy en absoluto quien quizás te imaginas... Solo soy un testigo que viene a buscar agua, como todos aquí.

Con su larga túnica profusamente drapeada, Pirra era una joven bonita y alegre, a menudo en aparente contradicción con la fuerte propensión a la piedad que veíamos en ella. ¿Cuántas veces no la habíamos visto ir al gran templo de Artemisa para hacer una ofrenda e, inmediatamente después, juntarse con Meryem para pedirle que le hablara de su hijo, el Bendecido, así como de ese Awoun⁹ al que no podía «definir» bien?

Por mi parte, siempre me sorprendía que aún no tuviera marido. Si hubiese sido de mi pueblo, haría tiempo que sus padres le habrían impuesto uno. A decir verdad, no dejaba de asombrarme la libertad de la que gozaban los griegos en su propia vida. Aunque en aquella época no podía decir exactamente por qué, esa libertad —o independencia— me parecía estar en total concordancia con la Enseñanza de la que Jeshua me había nutrido profundamente.

Estaba sembrada de Palabras que molestaban, por supuesto, pero las había hecho más porque el Fuego que me animaba desde muy joven no podía concebir que un alma creciera bajo coacción. No niego que siempre me había obligado a tener una disciplina personal, una voluntad fuerte y a ser lo más recto posible, pues eso era, en mi opinión, una regla ineludible del juego de la vida,

.....
9 Awoun, el Padre Eterno, en arameo.

pero la coacción o cualquier forma de sometimiento..., ¡eso era otra cosa!

Siempre que enseñé el gran misterio de Amar, y por tanto la libertad de ser, no dejaba de evocar la imagen de esos jóvenes árboles a los que a veces se les ayuda a lanzarse rectos hacia el cielo mediante un tutor, hasta que ya no lo necesitan para crecer a su antojo y libres al viento.

Mientras observaba a Pirra llenar orgullosa y alegre su cántaro en el pozo, me dije a mí mismo que ella debía de ser uno de esos jóvenes árboles que habían sido sólidamente educados con una savia y un corazón verdaderos, y que luego habían tenido la sabiduría de dejarlos emprender su vuelo en el momento adecuado. Era algo hermoso de ver.

De repente, Pirra se dio la vuelta y me sonrió. ¿Habría captado parte de mis pensamientos? No hacía falta mucho para intimidarme...

—Johanes, dime..., ¿cuándo nos vas a enseñar? —dijo en un tono inesperadamente grave—. Ahora que Meryem ya no está aquí y que, según dicen, no volverá, te va a tocar a ti hacerlo. Aquí cada vez somos más los que queremos saber y comprender. Tu madre, Sarah y tú nos habéis enseñado demasiadas «cosas» como para que no pidamos más. No nos detenemos en el camino, tú mismo lo dijiste.

Epifanio intervino de inmediato.

—Escucha, Pirra... Ayer a esta hora Johanes todavía estaba navegando...

—Lo sé..., pero también sé que la estación pasada me afirmó que no le gustaba descansar, que ya no era capaz, que no podía hacerlo desde el día en que se dejó encerrar en una tumba¹⁰. Mi ruego es que nos hable, por fin, de ese día. Nunca lo ha hecho y yo no dejo de pensar en ello..., como si fuese el mismísimo Bendecido quien me lo sugiriera.

Pirra tenía buena memoria y tuve que aceptar. En efecto, yo ya no era capaz de descansar, ni siquiera de ralentizar el ritmo de mi vida. Quizás siempre había sido de esos que obtienen su energía de un vórtice constantemente alimentado.

Por aquel entonces, conocía lo suficientemente bien a los griegos y su forma de ver el mundo como para saber que, según decían, Apolo, el hermano de Artemisa, hallaba su fuerza y su razón de ser al conducir eternamente el carro del sol en el cielo. ¿Querían decir con eso que también él, y retomando las palabras de Jeshua, «bebía el sol»?

Pirra me miraba fijamente.

—¿Por qué no? —respondí entonces, sin saber muy bien todo lo que eso podía implicar—. Sí..., quizás sea el momento de que me libere por fin de los secretos de

.....
¹⁰ Véase *El libro secreto de Jeshua*, volumen 2, capítulo 14.

esa tumba que para mí marcó el final de un mundo y el comienzo no de otro, sino de muchos otros.

—¿De verdad? ¿Lo aceptarías?

Con voluntad propia, mi mirada se volvió hacia Epifanio. Una leve mueca acababa de instalarse en su rostro, era un ligero indicio de celos... ¿Cómo podía ser que le hiciera confidencias a una mujer, así como a otras, antes de haberle hablado *a él*, que se consideraba mi principal discípulo? Le tomé por el hombro al tiempo que respondía a Pirra.

—El Bendecido solía decir: *«Llamad a la puerta y esta se os abrirá, atreveos y dad siempre un paso más...»*. Hermana, no sé si soy una puerta o al menos el umbral que esperas, pero debes haber encontrado el buen momento y la clave buena para destrabar levemente eso que hizo temblar mi alma para siempre.

—¿Temblar?

—Al principio, sí. Después regocijarse... Regocijarse infinitamente.

—¡Claro, Johanes, eres una puerta! —lanzó rápidamente Epifanio que, con toda evidencia, trataba de atraer mi atención.

Lo miré un momento. Era tan maduro y, sin embargo, a veces tan... infantil. ¿Había tenido yo también una actitud similar con el Maestro? Inevitablemente... ¿Por qué iba a haber sido yo una

excepción? Desde el primer día, siempre quise que me amara más que a los demás, hasta el punto de que a veces Simón Pedro se burlaba de mí.

—Sí, eres una puerta —insistió Epifanio—. Ya verás... Cuando todos los de la Comunidad sepan que has vuelto, ¡vendrán corriendo para dártelo a entender!

Solo pude sonreír. La verdad es que difícilmente podía considerarme a mí mismo como algo más que un testigo. Un testigo muy privilegiado, cierto, pero no un «depositario» en el sentido que hubiera tenido que serlo para hacer «temblar y encender los corazones». Meryem sí..., pero yo no.

Sin embargo, lo cierto era que yo estaba solo en Éfeso, así que era el único que podía hablar de Él y tenía el deber de «destilar su Presencia».

¿Hacer de mí una puerta? Probablemente no tenía otra opción, y Pirra y Epifanio eran en ese mismo instante quienes se encargaban de recordármelo... Ambos decían ser mis discípulos, aunque yo siempre los había visto como unos amigos con el corazón lo bastante grande como para esforzarse en recoger lo mejor que rebosaba de mi alma.

¿Debía aceptarme a mí mismo sin más dilación y aceptarlos a ellos de un modo diferente? ¿Cuál era la máscara que yo llevaba, la de humildad o la de falta de confianza? Necesitaba ver las cosas con perspectiva.

Recuerdo que pasaron dos o tres semanas repletas de interrogantes como estos, mientras me veía confrontado a súplicas cada vez más apremiantes. Pero también tenía que comer y ganarme un poco la vida, como cuando Meryem, Sarah y yo compartíamos el mismo techo, porque el subsidio que nos había entregado Yussaf al marcharnos de Galilea¹¹ hacía tiempo que se había agotado.

Entonces me puse de nuevo a pescar, ya que era algo que sabía hacer, pescar y hacer un poco de cestería en el puerto, bajo la mirada recelosa de los soldados romanos, que hacían sus rondas regularmente. La enfermedad del control, el genio de la dominación...

Y, entonces, una mañana me decidí: hice saber que hablaría y que lo haría en un lugar un poco apartado de la ciudad y el puerto, un lugar en el roquedal entre los matorrales, a cierta distancia de «nuestra casa», allí donde había una fuente crepitante de vida y unos cardos.

Vinieron más de un centenar de personas, no solo de Éfeso, sino también de Esmirna y tal vez de otros lugares, y se sentaron sobre la hierba rala. Me latía el corazón con fuerza...

En verdad, dejarme conmover por Jeshua para tratar de transmitir su Palabra era algo que ya había hecho muchas veces. Y, aunque no me gustaba oírme hablar porque mis palabras me sonaban endebles, los rostros

.....

11 Yussaf, también conocido como José de Arimatea.

siempre me habían indicado que era más o menos capaz de hacerlo. Sin embargo, ahora se trataba de mí, de esa «pequeña muerte» que el Bendecido me había hecho vivir a lo largo de tres días en la más absoluta soledad de una tumba de piedra. Hablar de todo eso... era un reto que equivalía a mostrarme desnudo.

Epifanio, Pirra y su familia no habían conseguido deslizarse hasta la primera fila, a pesar de sus insistentes intentos. Debo admitir que aquello me alegró bastante, ya que me permitía captar y apoyarme en sus miradas como si fueran pilares en medio de la asamblea.

—Amigos míos —recuerdo que dije—, en esa época yo no me llamaba Juan, sino Eliazar. Era todavía muy joven y, a fuerza de aferrarme a las Enseñanzas y a la Luz del Maestro que acababa de descubrir, solo aspiraba a un ideal: hacer lo mismo que Él, parecerme a Él, es decir, llegar a ser «igual que Él». Mi alma estaba en un estado constantemente febril... Quería dar a luz algo, como lo que cuentan de los volcanes, pero que no conseguía nombrar¹².

»Por fortuna —y lo sabía—, Jeshua era el maestro-partero cuya presencia anhelan todos aquellos que han decidido mirarse a sí mismos a los ojos. ¿Cómo decirlo? Ante Él se podía sentir simultáneamente la Dulzura y la Disgregación, el Amor y la necesaria

.....
12 Como recordatorio, véase *El libro secreto de Jeshua*, volumen 2, capítulo 14.

Bofetada que a veces viene a sublimarlo. *Nadie está destinado a alumbrar para reproducir lo que es, sino para sembrar el futuro del mundo de una manera diferente.* ¿Me entendéis?

»Así pues... Todo ocurrió en Judea, en una aldea llamada Betania, en el hueco de una roca no lejos de un lugar, cuyo significado era demasiado elocuente para que se me escapara... Un pequeño espacio en el vientre de la Tierra que parecía concebido, o bien para asfixiar, o bien para aprender a respirar de verdad. Al fondo, bajo la frágil luz de una lámpara, vi el hueco mal tallado de un viejo sepulcro abandonado desde hacía tiempo, y allí adiviné el vientre que me estaba destinado.

»Como estaba previsto, me quité la ropa y me quedé tumbado, lleno de miedo y sin palabras para expresarlo. A continuación, Jeshua colocó sobre mi cuerpo una gran tela de lino cuidadosamente doblada en ocho veces.

»No recuerdo si dijo una sola palabra antes de cubrir mi tumba con tres piedras planas a modo de tapa, porque en mi cabeza ya se respiraba el pánico de una noche que no acabaría nunca. Me zumbaban los oídos... Ni siquiera escuché rodar por el suelo la piedra redonda que iba a sellar la entrada de la cavidad.

»Sí, Jeshua me había instruido sobre lo que muy probablemente se produciría en mí, más allá de las reacciones primarias de mi cuerpo, por supuesto... No me había ocultado las pegajosas o ilusoriamente iluminadas telarañas que se abatirían sobre mi alma, el despiadado

labrado de mis memorias, desde la más reluciente a la más pobre, ni tampoco el quebrantamiento de aquello que estuviera congelado o petrificado en mis profundidades.

»Me había dado los detalles de sus símbolos y sus funciones mientras llevaba a cabo un largo ayuno con el fin de someter mi carne al tamiz de mi voluntad y extraer así sus impurezas. Sí, por supuesto... Por supuesto, pero... Pero existía esa indecible resistencia del pequeño Eliazar, que se veía arrastrado a una especie de asfixia mezclada con vértigo.

»Decidme..., ¿cómo se puede vivir así durante tres días si no es aceptando plenamente una muerte? Aquel de vosotros que tenga otra respuesta que me la dé, amigos míos. Yo, que lo perdía todo, pude en aquel momento medir la magnitud de mi pretensión. Hasta entonces me había creído sinceramente humilde..., pero la realidad era que solo me había sostenido el orgullo de mi humildad. Era eso, revelarse a uno mismo, y eso al principio duele...

»Finalmente, en la profundidad de mi tumba, el paso del tiempo ya no significó nada... Naturalmente, a menudo las plegarias del corazón a las que estaba acostumbrado me habían hecho experimentar ese estado en el que uno tiene la sensación de encontrarse suspendido en el vacío, pero siempre supe que ese vacío tendría una salida, mientras que allí... Allí tenía la íntima certeza de que no habría nada, salvo la descomposición de todo lo ajeno a mi Llama primera. Debía reconocer mis últimos espejismos y atravesarlos...

En algún lugar del cielo, un pájaro lanzó un grito largo y desgarrador. Los pájaros saben hablar cuando se sabe escucharlos. Aquel me invitaba a detenerme y encontrar las miradas. Bajo los ceños fruncidos, muchos ojos me interrogaban. ¿Quién me había entendido hasta ese momento? Era obvio que mis palabras eran demasiado cultas... y tomaban la delantera, y las almas simples que deseaban captarlas para ahondar en ellas en aquel instante no lo conseguían. Entonces, con más lentitud, reanudé mi discurso...

—Reconocer nuestros espejismos, amigos míos, y después atravesarlos... ¿Entendéis lo que trato de deciros?

Recuerdo que nadie me respondió ni se atrevió a intentarlo, y eso fue una respuesta en sí misma.

—Atravesar nuestros espejismos quiere decir... desenmascarar nuestras ilusiones, mirar detrás de lo que creemos que es... ¿Habéis visto alguna vez morir a un hombre o a una mujer? Me refiero al momento exacto en el que el aliento de vida abandona su cuerpo. Ese momento en el que, de repente, nos damos cuenta de que ese cuerpo y ese rostro que veíamos y en el que creíamos no era el suyo, sino un reflejo, una apariencia..., un fulgor, una tristeza, un enfado o una alegría parecidos a los de las máscaras estáticas que tanto nos cautivan en las interpretaciones teatrales. Sí, nos damos cuenta de que no era ese hombre o esa mujer que tuvimos frente a nosotros el o la que permanece allí, inerte, ya que la presencia que

verdaderamente habíamos percibido en ellos se ha ido a ese Espacio donde a todos nos llevan un día y donde nos acercamos a... —Yo buscaba la palabra más exacta posible.

—¿Donde nos acercamos a Awoun?

—Sí, Epifanio, a Awoun... Podemos elegir este nombre, en efecto, pero más bien iba a decir... al Infinito, pues es precisamente ese Infinito que no puede ser nombrado el que me absorbió cuando, en el fondo de mi tumba, salí de mi cuerpo y dejé atrás las últimas imágenes de lo que me había imaginado ser.

—¿Quieres decir que tu alma salió de tu cuerpo, como cuando morimos? —lanzó una chica muy joven levantándose.

—Eso es, Talía... Y te digo que sucede como a pedacitos, como si cada parte de mí fuera más o menos pesada o tuviera alas más o menos fuertes. Sabía que podía suceder de esta forma, pero... saber nunca es suficiente y jamás lo había experimentado, así que tuve miedo, a pesar de todo lo que el Bendecido me había enseñado. Me descomponía como esas rocas que a veces se desmigajan hasta hacerse polvo. No sentía dolor, pero tuve pánico solo de pensar que podía sufrir. Imaginaba mi posible sufrimiento y lo convertía en una prisión.

»Fue entonces cuando la mirada de Jeshua se me apareció... ¡Oh! Solo fue durante un momento muy muy breve, pero aquello fue suficiente para calmarlo

todo. Mi tumba ya no era una tumba... Estaba viviendo conscientemente una muerte, el fin de Eliazar, y sin embargo todo era apacible, suave y de una blancura absoluta de la cual me parecía incluso formar parte.

—¿Siempre es así cuando uno muere? —continuó la pequeña Talía.

No quise mentirle.

—Cuando tenemos un corazón ligero, las alas crecen rápido... Pero, ya ves, hay tantas formas de morir como de vivir; todas se corresponden entre sí y dependen de la elección de cada uno: o anhelar mirando siempre más lejos y más alto o dormir y estancarse a fuerza de inmovilidad.

—Entonces, ¿enseñanos a elegir! —dijo Epifanio—. Para tomar realmente una decisión, ¿no necesitamos una visión clara de nuestro camino? El agua se congela cuando hace frío, y, sin embargo, es agua y está destinada a ir siempre más lejos. ¿Nunca se congeló en ti? ¡Cuéntanos cómo tu alma recibió la claridad de su visión!

—Reconociendo los ciclos de sus máscaras como una verdad y no como una explicación suficiente y por tanto satisfactoria... En esta vida, traté de juntar paciencia y voluntad hasta finalmente admitirme a mí mismo que estaba cansado, ya fuera de luchar o de dar vueltas hasta adormecerme.

—Pero... ¿no me puedo creer que te hubieras dormido, Johanes! ¡Es imposible, si no el Bendecido no te hubiera tomado así, de la mano!

—La verdad es, hermano mío, que todos tenemos muchos párpados que se superponen... No os engañéis... Lo que hoy aquí os estoy revelando a todos vosotros es un verdadero secreto. *Nunca nos despertamos en una sola vez, aunque después de un resplandor pensemos que sí, incluso y especialmente si nos dejamos deslumbrar por nuestra propia comprensión del orden del mundo, de lo que es bueno y de lo que no lo es.*

»Por eso pedí ser alumno de Aquel que había dominado el arte de levantar todos los velos. Y por eso también acepté hablaros de mi tumba. Y esto es lo que pasó después...

»Cuando la inmaculada Luz me invitó a entrar en ella, ya no deseé nada más. ¡Nada más! Todo parecía estar “allí”. Todo parecía estar dicho. Sin embargo, ¿lo veis?, hay ausencias de deseo que logran esconder rastros muy muy sutiles de orgullo... De nuevo el orgullo, sí, con sus imprevisibles espejismos, que hay que tener la fuerza de atravesar con una sonrisa. Sí, digo “con una sonrisa”, a pesar de nuestra tierra y de nuestro cielo, que tiemblan.

»Porque temblé, amigos míos, os lo aseguro. El temblor fue tal que la Luz que me recibía se rasgó en el centro y vi pasar los sucesivos rostros humanos que había ido adoptando a lo largo del tiempo. Poco importan cuáles fueran... Humildes, gloriosos o insignificantes, no os iban a enseñar nada que pudiera haceros crecer... Y lo que más queréis por encima de todo es crecer, ¿verdad? Por eso no voy a hablaros de ellos. Enumerarlos sería

levantar un velo más, tanto para vosotros como para mí. Prefiero hablaros de lo que sucedió después, y de ello cada uno podrá recoger semillas para su propia tierra.

»De donde yo vengo, en Galilea, los Antiguos nos dicen que cada ser humano está hecho esencialmente de cuatro metales: oro, plata, cobre y hierro. También añaden que son las proporciones de dichos metales las que determinan el lugar de cada uno en este mundo¹³. Esto puede ser visto como una creencia infundada, ajena a lo que Jeshua vino a enseñarnos..., es cierto. Sin embargo, lo que viví en la expansión de mi alma durante esos días y noches en la profundidad de la matriz de mi tumba lo aclara de forma singular.

»Sí..., porque, al estallar en el Tiempo para después juntar los trozos dispersos y en apariencia incoherentes de sus memorias, mi conciencia más profunda pudo captar el lenguaje de esos metales y escuchar lo que les susurran a los hombres y las mujeres que somos. Quieren hablarnos del bagaje de nuestra alma fundamental y de todo lo que hemos acumulado a lo largo de nuestros nacimientos y renacimientos... Quiero decir que expresan nuestras capacidades e imperfecciones —primero espirituales—, es decir, aquello que hemos realizado y *hemos sido*, y en qué

.....

13 Esta teoría del orden simbólico también estaba vigente entre los fenicios. Se puede encontrar una cierta lógica en ello, ya que el sur de Galilea, que en parte corresponde al actual Líbano, fue el antiguo territorio de los fenicios. También adoraban a la diosa Tanit, es decir, Venus, llamada Luna-Sol por los miembros de la fraternidad esenia de Galilea. Finalmente, nótese que Platón aludió a este tema de los metales en *La república* (Libro III).

proporciones estas han venido a alojarse en nuestra carne para dar forma a los seres que somos, e incluso a las circunstancias en las que estos se hallan.

»Así que, amigos míos, en las entrañas de la roca donde el Bendecido me había colocado, la cuestión no era saber si había sido un rey o un mendigo, un pescador o un comerciante, un ermitaño o un terapeuta. ¡Forzosamente, debí haber sido un poco de todos ellos! La cuestión, por el contrario, era comprender la naturaleza de los materiales, sutiles y densos, que había reunido en el Infinito con el fin de poder mirarme y aceptarme en mi verdad, y definir la fuerza de mi Ofrenda al Movimiento de la Vida del Sin Nombre en mí.

»Por eso el oro, en mi corazón y fuera del tiempo, se reconcilió con el hierro, el cobre y la plata, y probablemente con otros cien metales más. Y por eso también, cuando Jeshua me tendió la mano y me llevó de nuevo al aire libre, supe inmediatamente que ya no podía llamarme Eliazar y elegí, para continuar mi camino..., el nombre de Juan, Johanes, en honor de Yohanan, que me había llevado hasta Él¹⁴.

Recuerdo que no pude decir nada más, a pesar de que seguían pasando por mi mente mil pensamientos reveladores y otras tantas imágenes cargadas de

.....
14 Como recordatorio: Juan el Bautista.

enseñanzas. Para mí ya era algo enorme el haber conseguido entregarme hasta ese punto.

Lentamente, dejé que mi mirada recorriera la pequeña asamblea que estaba sentada allí, a dos pasos, inmóvil en la rocalla...

Había caras perplejas, otras subyugadas y con sonrisas inciertas, ojos al borde de las lágrimas y bocas entreabiertas... Pero sobre todo había respeto y una forma de amor que no encontraba las palabras adecuadas para derramarse.

No me cabía ninguna duda de que, por su sencillez y a pesar de mis esfuerzos, pocos me habían entendido, y que Epifanio no dejaría de señalármelo. Pero... ya sabía lo que le iba a responder: «Lo sé, me he dado cuenta, hermano... Sin embargo, ¿soy yo quien debe sentarse en el suelo y convertirse en un niño pequeño o son ellos quienes deben agarrar la mano que les tiendo con la esperanza de levantarse?».

¿Bajar? ¿Subir? Tal vez sea incluso una pregunta errónea. A decir verdad, ¿en qué espacio deberíamos encontrarnos? Si es en el corazón, entonces me parece que está hecho.





Mapa de Jonia

En línea con *El libro secreto de Jeshua*, esta obra de Daniel Meurois nos invita a caminar al lado del discípulo Juan durante el periodo de su vida que transcurrió entre Éfeso y Patmos, años después de la crucifixión de Jeshua. Un trayecto sorprendente y conmovedor del que los textos oficiales hablan poco, pero que aquí está notoriamente elucidado gracias a la capacidad del autor para explorar en la memoria akásica.

El resultado es un relato altamente iniciático que nos transporta de revelación en revelación, es decir, de apocalipsis en apocalipsis, para que descubramos las enseñanzas más secretas que Cristo confió a su «discípulo bienamado», es decir, a Juan.

Haciéndonos viajar desde los orígenes de la Divinidad hasta la creación del cosmos, pasando por el enigma de los arcontes, rara vez un testimonio de Daniel Meurois ha vehiculado un despertar tan desafiante y actual como este. En efecto, afirma que somos prisioneros de una rejilla espaciotemporal de la cual el Soplo crístico universal, atravesando edades y tradiciones, es la clave liberadora que debemos activar de manera urgente.

El presente texto, donde habita la memoria de Juan imbuida de la de María, viene colmado de una multitud de perlas transformadoras. Son joyas cuya ola de libertad separa los barrotes tras los cuales las construcciones ilusorias del ser humano han tratado de menguar siempre lo divino.

Los lectores de este libro insólito comprenderán que ha llegado el momento de que sus páginas sean publicadas de manera urgente.

ESPIRITUALIDAD
AUTOAYUDA, DESARROLLO PERSONAL
CUERPO, MENTE, ESPÍRITU

